

EN PARÍS

POINCARÉ INAUGURA LA CONFERENCIA DE LA PAZ CON UN INTERESANTE DISCURSO

CLEMENCEAU ES ELEGIDO POR ACLAMACIÓN PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA

El homenaje de las naciones a Francia

PARÍS 18 (6,50 t.) homenaje tributado por todas las naciones que representan al país que, más que ningún otro, padeció los sufrimientos de la guerra.

Sufrió Francia esos enormes sacrificios, sin tener la menor responsabilidad en el espantoso cataclismo que ha traído al Universo. En el momento en que se cierra este círculo de horrores, esta victoria lo es también del Derecho.

Esta victoria es total, puesto que los enemigos han pedido el armisticio no más que para evitar un irremediable desastre militar.

Permitaseme ver en esa decisión un diente.

Los responsables de la guerra

Están capacitados para establecer tréchamientos unidos, inventaron el más grande de justicia, porque ninguno de odioso pretexto para, saltando sobre ellos, los pueblos que representan ha tenido, cadáver de Serbia, abrirse camino hacia el Oriente, y pasando sobre el cadáver de Bélgica, abrirse camino hacia el corazón de Francia.

La Verdad, cubierta de sangre, ha salido ya de los archivos imperiales. Quedan hoy día demostrados, con evidencia, la claridad, la premeditación y el

Con la esperanza de conquistar, la rido dominar por el hierro, sólo pueden asecharse a sí mismos la culpa de lo ocurrido.

Las vergonzosas proposiciones de Alemania

Nada más significativo que el vergonzoso trato que a últimos de julio de 1914 intentaron proponer a Inglaterra y Francia.

A Inglaterra le decían: «Dejadnos en libertad para atacar a Francia por tierra, y desistiremos de perpetrar en el canal de la Mancha.»

La pugna entre el Derecho y la fuerza. La conducta de Alemania creó una Liga contra ella

Alemania trató de aplastar a Bélgica, y la Gran Bretaña y Francia juntaron salvadora. Vese cómo al iniciarse las hostilidades hallaronse frente a frente las ideas opuestas que han estado disputándose el mundo: la idea de la fuerza soberana, sin freno ni fiscalización, y la idea de justicia, amparada por la espada.

Inglaterra estimó que no podía permanecer ajena al conflicto en que estaba decidándose la suerte de todos los pueblos, y en unión de sus colonias hizo esfuerzos prodigiosos para impedir que la guerra diera el triunfo al espíritu de conquista.

El Japón, luego, decidió armarse, pero movido únicamente por lealtad hacia su aliada la Gran Bretaña, si bien en la conciencia de que ofrecía tanto peligro para Asia como para Europa la

La intervención de América

«Qué he de decir de la solemnísima resolución que en la primavera de 1917 tomó la República de los Estados Unidos, bajo los auspicios de su ilustre presidente Wilson, a quien me es muy grato saludar aquí en nombre de Francia, agradecida, y de todas las naciones aquí representadas?

«Qué he de decir también de todos los demás Estados americanos que se declararon en contra de Alemania, o que, por lo menos, rompieron sus relaciones diplomáticas con nuestros enemigos?

De Norte a Sur se estremeció el Nuevo Mundo, presa de indignación, al ver cómo los viejos Imperios de la Europa

El propósito de dominación de Alemania

«Hija de Europa, atravesó América el Océano, para arrancar a su madre la humillación y esclavitud, y salvar a la civilización.

Unos Gobiernos autorocráticos habían preparado en el secreto de las cancellerías y de los Estados Mayores, un insensato programa de dominación universal.

Se proponían, a la hora fijada por su genio de intrigas, soltar sus jaurías para luego el toque del ala, pidiendo a la Ciencia, en el preciso momento en que ésta empezaba a suprir las distancias, a aproximar a los hombres y a hacer más llevadera la vida, que bajase del luminoso cielo hasta

La voz de los pueblos oprimidos

Polonia, resucitada, nos mandaba tropas suyas.

Los checoslovacos conquistaban en Siberia, Francia e Italia el derecho a la independencia.

Yugoslavos, armenios, sirios y libanes árabes; en una palabra, todos los pueblos oprimidos, todas las víctimas de las grandes injusticias históricas, se volvían hacia nosotros, como naturales defensores suyos...

Las consecuencias de la victoria total

«Y así fué alcanzando la guerra la sacar, en pro de la justicia y de la plenitud de su sentido inicial, y vino a ser en toda la extensión y fuerza de la palabra una cruzada de la Humanidad por el Derecho.

Si algo pudiera consolarnos en parte de los duelos que nos han herido, sería a buen seguro la idea de que nuestra victoria lo es también del Derecho. Esta victoria es total, puesto que los enemigos han pedido el armisticio no tuvieron parte alguna en el crimen que fué origen de un desastre sin precedentes.

De esta victoria total os corresponde

La solidaridad de los aliados

«Esa solidaridad que nos unió durante la guerra y nos proporcionó el éxito de esta necesaria unión bajo el amparo de las elevadas verdades morales y políticas de que el presidente Wilson se hizo noblemente intérprete, y a la luz de estas verdades quería cumplir nuestra misión. Procuráreis, pues, únicamente que impere la justicia; y a su determinación, serán muy difíciles, serán imposibles arrancarla del corazón de los hombres.»

«No son tan sólo los Gobiernos los que están representados aquí, sino pueblos libres. En las horas del peligro han aprendido esos pueblos a conocerse y a ayudarse mutuamente; quieren que la justicia sea territorial; justicia en los problemas financieros; justicia en los problemas económicos.

«No es la justicia una cosa inerte, ni permanece indiferente ante los atropellos; lo que, ante todo, reclama cuando ha sido violada, son restituciones y reparaciones para los pueblos e individuos que fueron despojados o maltratados.»

Sanciones contra los culpables y garantías para el porvenir

«Al formular esta legítima reivindicación no obedece la justicia a ningún odio, ni a deseo instintivo o irreflexivo alguno de represalias.

Persegue un doble objeto: rendir a cada uno lo que se le debe, y no dar

merced a la impunidad.

Lo que también reclama la justicia, inspirada en estos mismos sentimientos, son sanciones contra los los culpables, y efectivas garantías para que no vuelva a resurgir el espíritu que permitió a aquéllos.

La libertad de los pueblos a disponer de sí mismos

«Ha pasado ya el tiempo en que los diplomáticos podían reunirse para rechazar por propia autoridad en el rincón de una mesa el mapa de los Imperios.

Si tentas que modificar el mapa del mundo, sólo puede ser en nombre de los pueblos y con la condición de expresar con fidelidad el pensamiento de éstos; respetar el derecho de las naciones pequeñas y grandes a disponer de sí mismas, conciliando este derecho con el también sagrado de las minorías étnicas y religiosas.

Es ésta una labor formidable, pero que la Ciencia y la Historia, ambas consejeras vuestras, se encargarán de hacerla más clara y factible.

La Liga de las Naciones

«A la par que pondréis así en el mundo la mayor armonía posible, instaurando, de conformidad con la base

14 de las proposiciones que adoptaron por unanimidad las grandes Potencias aliadas, la Liga general de Naciones, que ha de ser suprema garantía contra todos los ataques al derecho de los Estados, corresponderá a las aspiraciones de la Humanidad, que, tra las terribles

casas, corresponderá a las aspiraciones de la Humanidad, que, tra las terribles

sacudidas de estos años sangrientos, sea con avor sentirse protegida por un concierto de los pueblos libres contra el siempre posible despertar de la primitiva barbarie.

Imprescindible gloria quedará unida a los nombres de las naciones y de los hombres que hayan colaborado en esa obra grandiosa de fe y fraternidad, y haya procurado eliminar de la paz cualquier causa que pudiera, en lo futuro, comprometerla o hacerla más quebradiza.»

El XLVIII aniversario de la constitución del imperio alemán

«Se cumple hoy, 18 de enero, el 48 aniversario de la proclamación en Versalles del Imperio alemán por el Ejército invasor.

Por el «rapto» de dos provincias francesas, esa primera consagración del Estado, alemán resultaba viciada en sus mismos orígenes, y por culpa de sus padres llevaba en sí el nuevo Imperio, un germen de muerte.

Nacido en la injusticia, terminó en el orgullo. Estás reunidos para reparar el daño que se hizo, e impedir que se reproduzca.

EL SOL.—Diario independiente.

Larra, 8

Provincias: 24 ptas. al año.

Madrid: 2 ptas. al mes.

PARÍS 18 (9 n.)

El jefe del Gobierno francés, señor Clemenceau, ha sido elegido, por aclamación, presidente de la Conferencia de la Paz. (Fabra.)

CLEMENCEAU, PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA

PARÍS 18 (9 n.)

El jefe del Gobierno francés, señor Clemenceau, ha sido elegido, por aclamación, presidente de la Conferencia de la Paz. (Fabra.)

TELEFONOS DE "EL SOL".

Dirección: J-44.

Redacción: J-517 y J-519.

Administración: J-518.

ALREDEDOR DE LOS BOLCHEVIQUES Y DEL BOLCHEVIQUISMO

De igual modo que entre los hombres

unos nacen con estrella y otros nacen estrellados,

y de igual suerte que los libros, como todas las cosas habent sua fata, así también las palabras tienen sus hados prósperos ó adversos.

Con una fortuna que bien podemos llamar bárbara han nacido los bolcheviques y el «bolcheviquismo»; y conste que yo soy partidario de escribir estos vocablos á la española, porque han prendido en nuestra lengua y en nuestra tierra con tanta naturalidad—si vale la expresión—como los garbanzos en Fuentesaúco y los espárragos en Aranjuez.

Bárbara y alarmante fortuna; pues, según la aguda observación del cronista semanal en el Nuevo Mundo, es lo más terrible del bolcheviquismo es que tiene un nombre sonoro, adaptado ya á todos los idiomas que habla la Humanidad. «Una cosa nueva

puede dejar de existir si no encuentra la palabra nueva, la palabra gráfica y rotunda que la exprese y la determine; pero si halla su verbo, su tono, será muy difícil, será imposible arrancarla del corazón de los hombres.»

Si llamamos sonoro a lo muy sonoro, sonoro es el tal nombre. Lo que no se puede llamar es alto ni significativo, según pretendía Don Quijote al dar nombre á su rocin.

No es alto, porque si rafé recuerda en demasía los baches y bacheros (verdugos y ayudantes del verdugo en nuestra germania). Y como significativo, su éxito es un éxito paradojal; pues si ha triunfado con tanta rapidez en todo el mundo, ha sido precisamente porque, fuera de los eslavos, nadie conoce el significado literal de los «bolcheviques» y el «bolcheviquismo».

Los conocedores del idioma de Gogol y de Puchkine nos han informado de que bolche quiere decir «lo más» y menche «lo menos». De ahí se llama «bolchevique» y «menchnevique» respectivamente al que exige el máximo de reformas sociales y al que se contenta con un mínimo de posibilidades.

Pero estas explicaciones tienen sin cuidado al vulgo, soberano indescriptible en todos los países. Si por el significado fuera, el «maximalismo» y el «minimalismo» se habrían impuesto antes y mejor. Su estructura latina «abona su honradez», como se dice de las nodrizas.

Pues, por lo mismo, todos los latinos y semilatinos, efectivos ó de afición, hemos desafiado lo alto, claro y expresivo que teníamos en casa y nos hemos apoderado con unanimidad de la fracción de lo raro, exótico e incomprendible. Por eso es tan profundamente humano el inmortal Don Hernández de Moratín!

Con todo, se me dirá, algún secreto encanto, algún misterioso atractivo tendrá ese nombre moscovita—completamente oscuro e ignorado quince meses há—cuando con tal facilidad ha arraigado en todos los idiomas.

Ah, señores! El misterio y la fuerza del «bolcheviquismo» no están en esa cásica verbal, propia no más para las divagaciones del filólogo y el lingüista, sino en un contenido esencial que indudablemente responde á un momento crítico y un estado general en todo nuestro continente.

No crean los rusos que se trata de un éxito de su habla. El mismo triunfo, terrible y fulminante, habría tenido un vocablo chino o otro japonés, si lo que pasa en Petrogrado y en Moscú hubiera estallado en Pekín ó en Tokio.

Los bolcheviques y el bolcheviquismo son ya de todas partes, y es en vano hablar del contagio peligroso, del virus que se extiende, de la propaganda subterránea, y demás tópicos al uso.

Para nuestros desgobernados gobernantes, en activo ó en expectativa, para estos maximalistas del desräidito y la inutilidad, el bolcheviquismo es el comodín de última moda entre los variados que manejan con el único fin de justificar sus desafueros.

Para los bien hallados con la «vita bonita» del parasitismo tradicional del oficial ó del limosnero, más o menos elegante, todo esto del bolcheviquismo no es más que un lúgubre espantajo de ideólogos y gacetines mal intencionados sin otro alcance que el de halagar á la «chusma encanallada» y dar la lata á las clases conservadoras. llamadas así por antifrasias, pues ni siquiera conservan el instinto de conservación.

Para los observadores dignos de tal nombre, el bolcheviquismo no es ya

una denominación rara, ni una moda exótica, ni un comodín ó espantajo de gobernantes ó de alarmistas. Es lisa y llanamente el pan que ciera y levanta en alto todo lo que tiene hambre de pan y sed de justicia; y como en España son los más los que padecen esas necesidades del espíritu y del cuerpo, sin que los obligados a remediarlas las remedien; de aquí que el bolchevismo (la palabra en junta con la idea) haya prendido en nuestra tierra con tanta facilidad como las primeras vidas que trajeron los griegos, los fenicios, ó quienes fueran.

LA HUELGA EN LA ARGENTINA

EL PARO SE EXTIENDE A PROVINCIAS

BUENOS AIRES 18 (6,45 t.)

La huelga se extiende a provincias.

Han sido detenidos centenares de agitadores.

La Policía penetró en las oficinas del periódico anarquista «La Protesta», deteniendo a unos 40 individuos que llevaban armas.

Los huelguistas han incendiado bastantes vagones de mercancías. (Fabra.)

LA CAMARA VOTA EL ESTADO DE GUERRA

BUENOS AIRES 18 (10 n.)

La situación en esta capital tiene de mejoras.

La Cámara de diputados ha votado este mañana el estado de guerra. El Senado lo votará esta tarde. (Fabra.)

En Nueva York

Se acuerda la huelga general

NUEVA YORK 18 (11 n.)

Los laboristas han acordado la huelga general para el 4 de julio. Debe reunirse por los huelguistas un millón de dólares. (Radio.)

LOS ASUNTOS DE ACTUALIDAD

EL CONDE DE ROMANONES EN LA PRESIDENCIA DEL ATENEO

LA IMPORTANCIA DE LOS PROBLEMAS ACTUALES ES SUPERIOR A LA CAPACIDAD DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

HAY QUE CONSTITUIR GOBIERNOS DE CONCENTRACIÓN

Coincidieron ayer dos solemnidades en la vida del Ateneo: la inauguración del curso de 1919 y la presentación oficial del nuevo presidente de la Corporación, el señor conde de Romanones.

El interés del tema del discurso que había de desarrollar el presidente—interesantes por la representación pública que en estos momentos ostenta el que, además de atentista distinguido, es presidente del Consejo—llevó al Ateneo un público numeroso en el que abundaban escritores políticos, diputados y diplomáticos.

Fué recibido el conde de Romanones por la Junta de gobierno y por los ministros de Instrucción pública, Gracia y Justicia, y Abastecimientos, que habían llegado a la casa con anterioridad.

El conde de Romanones ocupó seguidamente la presidencia, y comenzó, en medio de la expectación general, la lectura de su discurso.

Antes de entrar en el tema concreto de la disertación—«La influencia de la guerra en la transformación de los partidos políticos y en la composición de los gobiernos»—dédicó el orador un tributo respetuoso a la memoria del último presidente, D. Rafael María de Labra, cuyas condiciones de inteligencia, de bondad y de actividad, le inspiraron frases de justa alabanza.

Siguió después el tema del discurso. Varias interrupciones, irónicas y manifiestamente inopportunas, hechas en los primeros párrafos del discurso, dieron ocasión a expresiones contrapuestas de respeto que parte del público olorgó como protesta contra sensibles descorriencias, censurables por el carácter oficial de la fiesta.

El conde, sin fumarse, siguió leyendo serenamente su discurso, que fué escuchado hasta el final, sin que, afortunadamente, se produjeron nuevos incidentes.

Después de definir los partidos políticos y los sistemas que venían prevaleciendo antes de la guerra, estudió la influencia que en las ideas y en los métodos de gobierno ha producido la honda conmoción de los pueblos.

La Sociedad de Naciones y la solidaridad moral y económica de los pueblos, le sugieren las más sagaces consideraciones de la parte meramente teórica de su discurso.

Más interesante políticamente—por su alusión a cuestiones vivas de nuestro país—fué, sin embargo, su crítica a la antigua constitución de los partidos y la demostración de su insuficiente capacidad del Gobierno.

«Hay—dijo—cuatro grupos de problemas: política exterior, reforma económica y social, organización militar y autonomías regionales y locales—, que no pueden encerrarse plenamente, como ya he dicho, en los programas de partido, pues están por encima de los partidos. Por eso habrá que gobernar con la mirada puesta más allá y más alto que los intereses de los partidos.

Las enseñanzas de la última lucha electoral en Inglaterra tienen que ser recogidas y estudiadas.

Ellas enseñan que aquella tradicional línea divisoria entre liberales y conservadores, que fué el eje fundamental sobre el que por tantos años girara toda la política inglesa, después de una serie de breves de tanteos se ha borrado, seguramente para siempre. Y es que la práctica del Gobierno en relación con los nuevos grandes problemas, cuya solución se presenta y apremia, está fuera del alcance de los partidos políticos exclusivamente herméticos, que descansaban en tres ideas básicas: un jefe, un programa, una disciplina.

Política internacional que sólo tenga por base el apoyo de un partido es política que no llega a inspirar la confianza necesaria para contrarrestar lazos y compromisos que necesariamente tienen que ser por largos períodos de tiempo. Las orientaciones internacionales han de tener por base una fuerte corriente de opinión.

Al afirmar que los partidos en su estructura actual desaparecerán, no digo que no surjan nuevos partidos, todo contrario; precisamente la necesidad de que estos nuevos partidos surjan es una de las causas que impedirán la subsistencia de los antiguos. Pero esos nuevos partidos surgirán no en torno de personalidades, sino alzándose de las entrañas de la conciencia pública sobre los problemas capitales de la era nueva, y tendrán por objeto, además de la ocupación del Poder, la propagación de las ideas y la organización de las fuerzas de opinión pública.

Serán, pues, los Gobiernos venideros, según yo racionalmente conjecturo, no el producto de una sola fuerza política, sino la resultante de un armónico sistema de fuerzas políticas. Mas sobreentendido queda—y no será necesario aclararlo, si no estuviera la conciencia española tan apartada de estos conceptos que ya comienzan a ser familiares en países más afortunados—que esa concentración tiene un requisito imprescindible, a saber: que la resultante sea dinámica, no estática; que no sea el equilibrio, sino la acción. Por eso no puede coligarse normalmente las fuerzas políticas, cuyos criterios sean

contrapuestos en los problemas capitales, de carácter nacional, que hay que resolver, sino aquellas que en esos problemas tengan puntos de convergencia y afinidad, sean cuales fueren sus disposiciones en los problemas subalternos o menos apremiantes.

Permitiría esto, además, dar entrada en las funciones gobernantes, sin abdicaciones ni apostasias, a elementos hoy excluidos de aquéllas por intransigencias de partido; robustecer el Poder público, trocándolo de instrumento de dominación en órgano de cooperación; hacer del Gobierno una obra nacional en vez de una hechura de facciones; comunicarle, además, una flexibilidad fecunda, que hoy apenas concebimos como posible, habituados a las destructoras alternativas de los partidos; y devolviendo a las sociedades esa capacidad para la evolución y la transformación característica de las verdaderas democracias, prevenir toda crisis de la fuerza en los descontentos y fortímidos y alejar el peligro de que los avances políticos y sociales se efectúen por el brutal y aciago procedimiento de los gobiernos—dédicó el orador un tributo respetuoso a la memoria del último presidente, D. Rafael María de Labra, cuyas condiciones de inteligencia, de bondad y de actividad, le inspiraron frases de justa alabanza.

Siguió después el tema del discurso.

Varias interrupciones, irónicas y manifiestamente inopportunas, hechas en los primeros párrafos del discurso, dieron ocasión a expresiones contrapuestas de respeto que parte del público olorgó como protesta contra sensibles descorriencias, censurables por el carácter oficial de la fiesta.

El conde, sin fumarse, siguió leyendo serenamente su discurso, que fué escuchado hasta el final, sin que, afortunadamente, se produjeron nuevos incidentes.

Después de definir los partidos políticos y los sistemas que venían prevaleciendo antes de la guerra, estudió la influencia que en las ideas y en los métodos de gobierno ha producido la honda conmoción de los pueblos.

La Sociedad de Naciones y la solidaridad moral y económica de los pueblos, le sugieren las más sagaces consideraciones de la parte meramente teórica de su discurso.

Más interesante políticamente—por su alusión a cuestiones vivas de nuestro país—fué, sin embargo, su crítica a la antigua constitución de los partidos y la demostración de su insuficiente capacidad del Gobierno.

«Hay—dijo—cuatro grupos de problemas: política exterior, reforma económica y social, organización militar y autonomías regionales y locales—, que no pueden encerrarse plenamente, como ya he dicho, en los programas de partido, pues están por encima de los partidos.

Por eso habrá que gobernar con la mirada puesta más allá y más alto que los intereses de los partidos.

Las enseñanzas de la última lucha electoral en Inglaterra tienen que ser recogidas y estudiadas.

Ellas enseñan que aquella tradicional

línea divisoria entre liberales y conservadores, que fué el eje fundamental sobre el que por tantos años girara toda la política inglesa, después de una serie de breves de tanteos se ha borrado, seguramente para siempre. Y es que la práctica del Gobierno en relación con los nuevos grandes problemas, cuya solución se presenta y apremia, está fuera del alcance de los partidos políticos exclusivamente herméticos, que descansaban en tres ideas básicas: un jefe, un programa, una disciplina.

Al afirmar que los partidos en su estructura actual desaparecerán, no digo que no surjan nuevos partidos, todo contrario; precisamente la necesidad de que estos nuevos partidos surjan es una de las causas que impedirán la subsistencia de los antiguos. Pero esos nuevos partidos surgirán no en torno de personalidades, sino alzándose de las entrañas de la conciencia pública sobre los problemas capitales de la era nueva, y tendrán por objeto, además de la ocupación del Poder, la propagación de las ideas y la organización de las fuerzas de opinión pública.

Serán, pues, los Gobiernos venideros,

según yo racionalmente conjecturo,

no el producto de una sola fuerza

política, sino la resultante de un armónico sistema de fuerzas políticas. Mas sobreentendido queda—y no será necesario aclararlo, si no estuviera la conciencia española tan apartada de estos conceptos que ya comienzan a ser familiares en países más afortunados—que esa concentración tiene un requisito imprescindible, a saber: que la resultante sea dinámica, no estática; que no sea el equilibrio, sino la acción. Por eso no puede coligarse normalmente las fuerzas políticas, cuyos criterios sean

contrapuestos en los problemas capitales, de carácter nacional, que hay que resolver, sino aquellas que en esos problemas tengan puntos de convergencia y afinidad, sean cuales fueren sus disposiciones en los problemas subalternos o menos apremiantes.

Permitiría esto, además, dar entrada en las funciones gobernantes, sin abdicaciones ni apostasias, a elementos hoy excluidos de aquéllas por intransigencias de partido; robustecer el Poder público, trocándolo de instrumento de dominación en órgano de cooperación;

hacer del Gobierno una obra nacional en vez de una hechura de facciones;

comunicarle, además, una flexibilidad fecunda, que hoy apenas concebimos como posible, habituados a las destructoras alternativas de los partidos; y devolviendo a las sociedades esa capacidad para la evolución y la transformación característica de las verdaderas democracias, prevenir toda crisis de la fuerza en los descontentos y fortímidos y alejar el peligro de que los avances políticos y sociales se efectúen por el brutal y aciago procedimiento de los gobiernos—dédicó el conde de Romanones un tributo respetuoso a la memoria del último presidente, D. Rafael María de Labra, cuyas condiciones de inteligencia, de bondad y de actividad, le inspiraron frases de justa alabanza.

Siguió después el tema del discurso.

Varias interrupciones, irónicas y manifiestamente inopportunas, hechas en los primeros párrafos del discurso, dieron ocasión a expresiones contrapuestas de respeto que parte del público olorgó como protesta contra sensibles descorriencias, censurables por el carácter oficial de la fiesta.

El conde, sin fumarse, siguió leyendo serenamente su discurso, que fué escuchado hasta el final, sin que, afortunadamente, se produjeron nuevos incidentes.

Después de definir los partidos políticos y los sistemas que venían prevaleciendo antes de la guerra, estudió la influencia que en las ideas y en los métodos de gobierno ha producido la honda conmoción de los pueblos.

La Sociedad de Naciones y la solidaridad moral y económica de los pueblos, le sugieren las más sagaces consideraciones de la parte meramente teórica de su discurso.

Más interesante políticamente—por su alusión a cuestiones vivas de nuestro país—fué, sin embargo, su crítica a la antigua constitución de los partidos y la demostración de su insuficiente capacidad del Gobierno.

«Hay—dijo—cuatro grupos de problemas: política exterior, reforma económica y social, organización militar y autonomías regionales y locales—, que no pueden encerrarse plenamente, como ya he dicho, en los programas de partido, pues están por encima de los partidos.

Por eso habrá que gobernar con la mirada puesta más allá y más alto que los intereses de los partidos.

Las enseñanzas de la última lucha electoral en Inglaterra tienen que ser recogidas y estudiadas.

Ellas enseñan que aquella tradicional

línea divisoria entre liberales y conservadores, que fué el eje fundamental sobre el que por tantos años girara toda la política inglesa, después de una serie de breves de tanteos se ha borrado, seguramente para siempre. Y es que la práctica del Gobierno en relación con los nuevos grandes problemas, cuya solución se presenta y apremia, está fuera del alcance de los partidos políticos exclusivamente herméticos, que descansaban en tres ideas básicas: un jefe, un programa, una disciplina.

Al afirmar que los partidos en su estructura actual desaparecerán, no digo que no surjan nuevos partidos, todo contrario; precisamente la necesidad de que estos nuevos partidos surjan es una de las causas que impedirán la subsistencia de los antiguos. Pero esos nuevos partidos surgirán no en torno de personalidades, sino alzándose de las entrañas de la conciencia pública sobre los problemas capitales de la era nueva, y tendrán por objeto, además de la ocupación del Poder, la propagación de las ideas y la organización de las fuerzas de opinión pública.

Serán, pues, los Gobiernos venideros,

según yo racionalmente conjecturo,

no el producto de una sola fuerza

política, sino la resultante de un armónico sistema de fuerzas políticas. Mas sobreentendido queda—y no será necesario aclararlo, si no estuviera la conciencia española tan apartada de estos conceptos que ya comienzan a ser familiares en países más afortunados—que esa concentración tiene un requisito imprescindible, a saber: que la resultante sea dinámica, no estática; que no sea el equilibrio, sino la acción. Por eso no puede coligarse normalmente las fuerzas políticas, cuyos criterios sean

contrapuestos en los problemas capitales, de carácter nacional, que hay que resolver, sino aquellas que en esos problemas tengan puntos de convergencia y afinidad, sean cuales fueren sus disposiciones en los problemas subalternos o menos apremiantes.

Permitiría esto, además, dar entrada en las funciones gobernantes, sin abdicaciones ni apostasias, a elementos hoy excluidos de aquéllas por intransigencias de partido; robustecer el Poder público, trocándolo de instrumento de dominación en órgano de cooperación;

hacer del Gobierno una obra nacional en vez de una hechura de facciones;

comunicarle, además, una flexibilidad fecunda, que hoy apenas concebimos como posible, habituados a las destructoras alternativas de los partidos; y devolviendo a las sociedades esa capacidad para la evolución y la transformación característica de las verdaderas democracias, prevenir toda crisis de la fuerza en los descontentos y fortímidos y alejar el peligro de que los avances políticos y sociales se efectúen por el brutal y aciago procedimiento de los gobiernos—dédicó el conde de Romanones un tributo respetuoso a la memoria del último presidente, D. Rafael María de Labra, cuyas condiciones de inteligencia, de bondad y de actividad, le inspiraron frases de justa alabanza.

Siguió después el tema del discurso.

Varias interrupciones, irónicas y manifiestamente inopportunas, hechas en los primeros párrafos del discurso, dieron ocasión a expresiones contrapuestas de respeto que parte del público olorgó como protesta contra sensibles descorriencias, censurables por el carácter oficial de la fiesta.

El conde, sin fumarse, siguió leyendo serenamente su discurso, que fué escuchado hasta el final, sin que, afortunadamente, se produjeron nuevos incidentes.

Después de definir los partidos políticos y los sistemas que venían prevaleciendo antes de la guerra, estudió la influencia que en las ideas y en los métodos de gobierno ha producido la honda conmoción de los pueblos.

La Sociedad de Naciones y la solidaridad moral y económica de los pueblos, le sugieren las más sagaces consideraciones de la parte meramente teórica de su discurso.

Más interesante políticamente—por su alusión a cuestiones vivas de nuestro país—fué, sin embargo, su crítica a la antigua constitución de los partidos y la demostración de su insuficiente capacidad del Gobierno.

«Hay—dijo—cuatro grupos de problemas: política exterior, reforma económica y social, organización militar y autonomías regionales y locales—, que no pueden encerrarse plenamente, como ya he dicho, en los programas de partido, pues están por encima de los partidos.

Por eso habrá que gobernar con la mirada puesta más allá y más alto que los intereses de los partidos.

Las enseñanzas de la última lucha electoral en Inglaterra tienen que ser recogidas y estudiadas.

Ellas enseñan que aquella tradicional

línea divisoria entre liberales y conservadores, que fué el eje fundamental sobre el que por tantos años girara toda la política inglesa, después de una serie de breves de tanteos se ha borrado, seguramente para siempre. Y es que la práctica del Gobierno en relación con los nuevos grandes problemas, cuya solución se presenta y apremia, está fuera del alcance de los partidos políticos exclusivamente herméticos, que descansaban en tres ideas básicas: un jefe, un programa, una disciplina.

Al afirmar que los partidos en su estructura actual desaparecerán, no digo que no surjan nuevos partidos, todo contrario; precisamente la necesidad de que estos nuevos partidos surjan es una de las causas que impedirán la subsistencia de los antiguos. Pero esos nuevos partidos surgirán no en torno de personalidades, sino alzándose de las entrañas de la conciencia pública sobre los problemas capitales de la era nueva, y tendrán por objeto, además de la ocupación del Poder, la propagación de las ideas y la organización de las fuerzas de opinión pública.

Serán, pues, los Gobiernos venideros,

según yo racionalmente conjecturo,

no el producto de una sola fuerza

política, sino la resultante de un armónico sistema de fuerzas políticas. Mas sobreentendido queda—y no será necesario aclararlo, si no estuviera la conciencia española tan apartada de estos conceptos que ya comienzan a ser familiares en países más afortunados—que esa concentración tiene un requisito imprescindible, a saber: que la resultante sea dinámica, no estática; que no sea el equilibrio, sino la acción. Por eso no puede coligarse normalmente las fuerzas políticas, cuyos criterios sean

contrapuestos en los problemas capitales, de carácter nacional, que hay que resolver, sino aquellas que en esos problemas tengan puntos de convergencia y afinidad, sean cuales fueren sus disposiciones en los problemas subalternos o menos apremiantes.

Permitiría esto, además, dar entrada en las funciones gobernantes, sin abdicaciones ni apostasias, a elementos hoy excluidos de aquéllas por intransigencias de partido; robustecer el Poder público, trocándolo de instrumento de dominación en órgano de cooperación;

hacer del Gobierno una obra nacional en vez de una hechura de facciones;

comunicarle, además, una flexibilidad fecunda, que hoy apenas concebimos como posible, habituados a las destructoras alternativas de los partidos; y devolviendo a las sociedades esa capacidad para la evolución y la transformación característica de las verdaderas democracias, prevenir toda crisis de la fuerza en los descontentos y fortímidos y alejar el peligro de que los avances políticos y sociales se efectú